El Sastre de Londres.

(en 2 actos)

EL SASTRE DE LONDRES,

COMEDIA EN DOS ACTOS,

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR DON JUAN DEL PERAL. Richart, d. 1858





IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA.
1841.

PERSONAS.

CECILIA.
LORD SURREY.
BEDFORT, *médico.*
SIR RICARDO, *joven elegante.*
DANIEL, *sastre.*
JORJE, *oficial de Daniel.*
Un criado.
Constables.—Lacayos.

LA ESCENA ES EN LONDRES.

ACTO PRIMERO.

El taller de Daniel.—A la izquierda del actor, dos puertas, la una en primer término y la otra en último. A la derecha el mostrador.—Otra puertecilla escusada que conduce á la calle, y otra mayor en el foro que se supone dar á una escalera de caracol que baja á la tienda.—A la izquierda un armario, una mesa redonda y sillas.

ESCENA PRIMERA.

DANIEL, JORGE, CECILIA.

(*Al levantar el telon está Jorge trabajando en el tablado que hay en las tiendas de los sastres. Daniel mide paño. Cecilia en el lado opuesto escribe en un libro de cuentas.*)

Cec. (*Aparte.*) Cosa mas rara! Siempre que mi madre me echa las cartas, sale la misma sota de bastos! Segun dice significa esto que agradaré á un lord de Inglaterra, y que acabaré por casarme con él. Un lord!... Yo que me contentaria con casarme... con Daniel!

Dan. (*A Jorge.*) ¿Aun no has acabado de coser esos faldones?

Jor. Pronto estarán, señor maestro.

Cec. (*Aparte, mirando á Daniel.*) El jamás se ha insinuado conmigo, ni me ha dicho esta boca es mia. Ademas tampoco Daniel será nunca un señor de alto copete... Ah!.. ¿si será la sota por el otro? (*Mirando á la puerta de la derecha.*) Tal vez... Pero qué, ni pensarlo. Ay Dios mio! acabaré por volverme loca, y tendrán la culpa mi madre y la sota de bastos. No pensemos mas en ello. (*Sigue escribiendo.*)

Dan. (*Mirándola á hurtadillas.*) Siempre trabajando! Qué aplicadita és, y qué preciosa mano tiene! ¡Qué dichoso fuera yo si lográra.... ¿Por qué no me atreveré?

Cec. (*Ajustando la cuenta.*) Tres y cuatro, siete; y siete....

Dan. (*Que sigue midiendo paño.*) Diez y nueve.

Cec. (*Volviéndose hácia él.*) Qué disparate! Siete y siete, son catorce.

Dan. Y llevo una; cabal; pero si yo hablaba de mi paño.

Jor. (*Se baja del tablado.*) Aqui está vuestro frac; por mas composturas que hagamos en él, jamás quedará bien. Cortais un frac para vos mismo, y cabalmente ese es el que echais á perder.

Dan. Si: confieso que anduve algo distraido: (*Aparte.*) ya se ve, yo cortaba hácia la derecha y la miraba á ella que estaba á la izquierda; cortaba una manga y miraba su lindo brazo, asi es que se me fué la mano y la tijera... y corté la manga muy estrecha... y sin acordarme que era para mí, hice un frac que pudiera servir para ella. Y es lástima; ¡qué color tan bonito!

Jor. Azul celeste.

Dan. No hay que afligirse por una pieza estropeada;

eso, entre sastres, es moneda corriente: á otro le vendrá bien. Ha de faltar en Lóndres un ciudadano que necesite la manga estrecha en el frac, y tenga manga ancha para recibirle? (*Jorge se rie.*) Este tonto se rie... pero ella, nada...

CEC. Jorge, ¿cuándo trajo la cuenta nuestro vecino Patrick?

JOR. El 22: la factura debe estar en el pupitre: ah no: ahora recuerdo que ayer no hallando el pupitre abierto, la metí en el cajon. (*Le abre.*) Diga usted, señor maestro, ayer habia aqui un pichon asado, y ya no está.

CEC. (*Aparte, con emocion.*) Ah!

DAN. Un pichon asado!... ¿Y ya no está?..: Pues de fijo no se ha ido volando.

JOR. Vaya, decid otra como esa.

DAN. Digo que ha volado... pero no solo. Tal vez te le has comido tú.

CEC. (*Haciendo señas á Daniel.*) No, he sido yo: y eso me hace pensar que tengo apetito.

DAN. Tan pronto!

CEC. (*En voz baja á Daniel señalándole la puerta de la derecha.*) ¿Y él?

DAN. (*Aparte.*) Verdad es. (*Alto.*) Tienes razon, yo tambien tengo hambre.

CEC. Jorge, poned la mesa mientras yo voy á la pastelería.

JOR. Hace algunos dias que se come bien en esta casa: y en verdad que ya me iba hartando de tanta patata y tanto rosbeef. Ahora son todas cosas delicadas.

DAN. Y qué te importa á tí?

JOR. Nada, señor maestro. No creais que me quejo de ello.

DAN. Oyes, Cecilia; pondremos un pastel grande con trufas. ¿Eh?

CEC. Pero si no os gustan las trufas.

DAN. (*Bajo y señalando á la derecha.*) Le gustan á él y debo ser condescendiente. Cuando se ejerce la hospitalidad debe uno hasta comer lo que le repugna.

CEC. Qué bueno sois, Daniel.—Verdad es que vuestro genio vivo os hace aparecer á veces arrebatado, pero en el fondo sois amable y generoso. Adios.

ESCENA II.

JORGE, DANIEL.

DAN. (*Aparte.*) Amable y generoso... Este hubiera sido quizás el momento mas á propósito para espetarla mi declaracion. Amable y generoso!... (*Imitándola.*) Y lo ha dicho con un airecillo... asi... con una carilla de pascua que... que.... Y yo sin atreverme.... está visto, soy el mayor camello de Lóndres. (*Alto, dirigiéndose á Jorge que está poniendo la mesa.*) Jorge.

JOR. Qué mandais?

DAN. Ven acá: tú que tienes reputacion de seductor de muchachas... y de libert...

JOR. Yo, señor?... Os chanceais.

DAN. No me digas que no, por la vírgen... Mira que necesito que lo seas.

JOR. Yo os diré, señor maestro. Seductor, no... un poco enamoradillo y nada mas; y eso los domingos y dias de fiesta: de modo, que como no enamoro los de trabajo, no os cuestan mis amores un solo penny.

DAN. Pues bien, Jorge de mi alma, quiero pedirte un consejo; y para no andar con rodeos, empezaré por confesarte francamente... (*Con misterio.*) y en confianza... que estoy enamorado.

JOR. De la señorita Cecilia, ya lo sé.

DAN. (*Admirado.*) Tú! Pues mira, ella no lo sabe.

JOR. (*Atónito.*) Cómo!

DAN. ¿Te admiras, majadero?... ¿y de qué?...

JOR. De que no le hayais hecho vuestra declaracion.

DAN. Declaracion á ella!... Qué estás diciendo, desgraciado! Lo dices con un tono, como si esto fuera lo mismo que coser los botones á un chaleco.... No lo he hecho, porque... no me he atrevido, es un corte nuevo para mí, y como la tela de que se trata es demasiado fina, temo estropear la pieza. Ella y yo hemos crecido juntos: jamás se me ocurrió que llegaria un dia en que tuviera quince años. Cuando éramos niños jugábamos, y nos dábamos besos y papirotazos... y pedradas... Siempre tan gozosos, y en tan buena armonía como dos hermanos. Pero conforme iba creciendo y desenvolviéndose su razon... y... y... todas aquellas cosas... vamos, empecé yo á sentir aqui una... un no sé que... que me acometia en su presencia... y cuando el corazon está una vez dañado... buenas noches. En fin, Jorge, esto es amor... puro... firme... *amor de á dos costuras.* Sin embargo, conocí que era muy jóven, y que convenia aguardar á que cumpliese los diez y ocho años.

JOR. Ya hace un mes que los ha cumplido.

DAN. Dímelo á mí, que no llevo yo la cuenta! Hace un mes... y un mes que yo ni duermo ni sosiego... intentando siempre y sin atraverme nunca.

JOR. No digais eso, que dá vergüenza. Uno de los primeros sastres de Lóndres!...

DAN. Pero borrico, si se tratase de cortar una levita ó unos pantalones... pero el amor no se maneja con la plancha ni con las tijeras.

JOR. Estais acreditado y en camino de hacer fortuna.

DAN. Eso no basta: hay un gran inconveniente. No he tenido nunca padre ni madre....

JOR. Bobería!... Podia venirse poniendo dificultades una chicuela que nada tiene...

DAN. Estás equivocado. Y las economías que todas las semanas mete en la hucha: y su salario como oficiala y como tenedor de libros?... No ignoras que ella es el alma del establecimiento y quien lo dirige todo en la casa. Mientras puedo darla un lugar en mi corazon, la tengo colocada en el mostrador... y en la cocina. Pero charlando te olvidas de lo que tienes que hacer.... Cecilia va á volver y la mesa no estará puesta.

JOR. (*Acabando de poner la mesa.*) Os escuchaba con tanta atencion... Dos cubiertos, eh?

DAN. Dos, no.... Es decir, sí. (*Aparte designando la puerta de la derecha.*) No conviene que sepa que tenemos un convidado bajo llave. (*Alto.*) Pero en fin, ¿qué consejo me das?

JOR. (*Poniendo dos platos en la mesa.*) Os diré: hay cuatro maneras de hacer una declaracion.

DAN. Sí?... y yo jamás he discurrido una sola. ¡Cuatro!

JOR. (*Yendo hácia Daniel.*) Si señor. Mirad.... la primera... la segunda... la tercera...

DAN. La cuarta... la quinta... Segun tu cuenta puede haber hasta ciento. Veamos la primera. (*Pone un tercer plato sobre la mesa.*)

JOR. La primera se reduce á dirigirse á los parientes de la novia. Podeis entrar al cuarto de la señora Bloomfield y hacer vuestra peticion en regla. Ella os contestará *sí.... ó no:* pero os dirá que sí. ¿No os lo debe todo á vos? ¿No sois vos quien la hospeda, quien la mantiene, sin hacer nada?

DAN. No me gusta esa manera. No quiero deber su mano sino á ella: quiero ser amado por mí mismo. Veamos la segunda.

JOR. (*Que ha mirado la mesa y visto tres cubiertos.*) Hay tres cubiertos.

DAN. Sí... no.... dos cubiertos. Ea, vamos á la segunda.

JOR. (*Quitando el tercer cubierto.*) La segunda es por señas... Telegráficamente.... guiñando los ojos... con miraditas tiernas... pisotones y apretones de mano.

DAN. (*Quitándole el plato de la mano.*) Sí, eso de las señas debe ser muy bueno en pais estrangero, donde no se sabe hablar el idióma.... pero aqui... La tercera... (*Pone el plato en la mesa.*)

JOR. La tercera, es la declaracion verbal.

DAN. (*Con tono de despecho.*) Esa es la que... Veamos...

JOR. Unid la segunda á la tercera, y el efecto es seguro. Ojeadas, apretones de mano, y al mismo tiempo hablar... con calor.,. con mucho calor...

DAN. Pues, con calor... eso es lo que yo digo. (*Aparte.*) Este bribonzuelo parece que lo entiende... No es una vergüenza que un oficial de sastre... y yo, que pago patente de maestro... (*Viendo á Jorge que va á quitar otra vez el plato.*) ¿Querrás estarte quieto?

JOR. ¿Para quién son tres cubiertos? (*Aparte.*) Ah! ya: querrá sorprenderme convidándome... Es muy justo, en pago de mis consejos.

DAN. Oigo á Cecilia que vuelve. Vete.

JOR. ¿Vais á declararos ahora?

DAN. Tal vez. Oye, si viene alguno á buscarme, llámame desde abajo, no te incomodes en subir.

JOR. (*Vase y vuelve.*) Y si viene el médico á visitar á la señora Bloomfield?

DAN. Le dejarás subir, pero me avisarás. Escelente hombre es el tal médico que nos llegó á la tienda como llovido del cielo. «¿Quién es la enferma? preguntó. Aqui estoy yo que la curaré gratis....» Mientras tantos otros matan por dinero!

JOR. (*Vase y vuelve.*) No olvideis mis consejos.... Con calor...

DAN. Sí, pero lárgate, que ya me vas incomodando con tus consejos.

ESCENA III.

DANIEL, CECILIA, *despues* RICARDO.

DAN. Hum!... Hum... Si me atreviese...

CEC. (*Con un pastel que deja sobre la mesa.*) Echad el cerrojo, Daniel.

DAN. El cerrojo... Bueno, asi estaré mas seguro de mí mismo. (*Mientras él echa el cerrojo á la puerta de enmedio, abre Cecilia la de la derecha, sale Ricardo y la besa la mano.*)

DAN. (*Volviéndose al ruido del beso.*) Hum! (*Aparte.*) Hola! ya está aqui; no hay medio de quitarle esa mala costumbre.

RIC. Buenos dias, mi querido protector. (*Ricardo la besa otra vez la mano.*)

DAN. No os incomodeis, no hay por qué.

RIC. Entre las personas del gran tono acostumbramos á saludar asi á las damas: á la francesa.

DAN. (*Aparte.*) Quién fuera persona de gran tono. (*Alto.*) Si, eh?.., pues lo que es á mí me carga todo lo de *estrangis*.

CEC. Debeis estar fastidiado. Tres dias mortales obligado á permanecer en ese cuarto tan reducido: sin poder salir á la calle sino de noche.

RIC. Creed que si me dieran á escoger, no pudiera elegir mas agradable asilo. Y cuando se está bajo la salvaguardia de una joven Miss tan bonita y tan sensible.....

CEC. (*Señalando á Daniel.*) Y de un hombre honrado que no es capaz de haceros traicion.

DAN. Oh, podeis estar seguro, á pesar de que soy uno de vuestros acreedores.

RIC. (*Siempre á Cecilia.*) Jamás olvidaré lo mucho que os debo.

DAN. (*Aparte.*) No es á ella, sino á mí á quien debe. (*Alto.*) Ea, vamos á la mesa. Sir Ricardo, vos aqui. Aqui Cecilia, y yo entre los dos.

(*Cecilia y Ricardo se colocan los primeros. La mesa es redonda y muy pequeña, de forma, que acercando un poco la silla cada uno, Ricardo y Cecilia se encuentran el uno junto al otro.*)

DAN. No, no es eso, yo entre los dos.

RIC. Es muy justo.

CEC. Ciertamente.

DAN. Apartaos un poco, no hay sitio para mí.

(*Se coloca Daniel en medio: Ricardo y Cecilia repiten el mismo juego en sentido inverso y quedan juntos otra vez y Daniel muy separado.*)

DAN. (*Aparte despues de mirarlos con detencion.*) Parece que asi estaba escrito allá arriba.

RIC. Que desayuno tan delicioso! Cuántas gracias no debo al cielo..... y á vos despues, Cecilia.

DAN. (*Aparte.*) Este por deber, hasta debe al cielo.... Pues seguro puede estar el cielo de no cobrar nunca.

CEC. (*á Ricardo.*) Tal vez os parecerá sóbrio nuestro desayuno?

RIC. En mi situacion nada debe parecerme malo.

DAN. (*Aparte.*) Ya lo creo. No tendria en la cárcel un pastel con trufas todos los dias.

CEC. En la cárcel!

DAN. Y si no está en ella, no es ciertamente por culpa nuestra.

CEC. Nuestra?

DAN. Vuestra, no; *nuestra*, porque le persiguen por deudas, y somos los acreedores los que le perseguimos.

RIC. Sí, Miss: el buen Daniel es uno de mis perseguidores: nadie lo diria.

DAN. Ya! como que ha habido una junta de vuestros acreedores.

RIC. Pues no faltaria gente.

DAN. Decidieron encerraros en la cárcel de los deudores, pues han observado que no haciéndolo asi, acabariais vos por ser la causa de que los encerrasen á ellos. Yo he firmado como uno de tantos. ¿Qué habia de hacer? Decian algunos muy enfurecidos.... «Es un mal pagador que debe á Dios y al Diablo.»

RIC. ¡Qué error! Cabalmente son los dos únicos sugetos á quienes no debo.

DAN. Otros añadian: «Es un calaveron!.....»

CEC. (*En tono de reconvencion.*) Daniel.....

DAN. No, yo no lo digo, lo repito. La palabra ha sido pronunciada en sesion plena de acreedores: es palabra *histórica*.

RIC. De todos ellos, no era el sastre Daniel el menos exasperado contra mí: estoy seguro de ello. Asi, juzgad de mi sorpresa cuando tratando de escapar de las manos de los constables que me iban al alcance, despues de haberlos estraviado por veinte callejuelas escusadas, llego á la vuestra sin reconocerla. Me entrego á la casualidad, y en la esquina que hace vuestra tienda, veo una puerta, en dos saltos me planto en el cuarto principal.... veo una llave en esa puertecilla, entro, y, ¡gran Dios! terrible peripecia! ¿á quién encuentro á mi paso?...... Al terrible Daniel, el mas tenaz de mis perseguidores.

DAN. Que miedo tuvisteis cuando os agarré por el pescuezo, diciendoos: «Hola, ¿conque venis vos mismo á entraros en la cueva del lobo?...» Pues bien.... el lobo os tiende su mano protectora.... ¿Estais cansado?..... Descansad...... ¿Teneis hambre? Aqui hallareis comida. La calle es peligrosa para vos: entrad en este cuarto interior, donde estareis con mas seguridad... Dadme la mano, y no las gracias.... (*Tendiendo la mano hácia él:*

Ricardo toma una copa sin ver el movimiento de Daniel.) Dadme la mano. Asi.... Aqui os tendré oculto, mientras os persigamos.

CEC. Ciertamente que ha sido una feliz casualidad para vos la de haber entrado en esta casa.

RIC. (*A Cecilia.*) Sin duda habeis abogado en favor mio?

DAN. No habia necesidad de defensores en esta causa.

RIC. (*A Cecilia.*) Creed, Miss, que mi reconocimiento será eterno.

DAN. (*Aparte.*) Todo se lo dice á ella, como si yo no fuese nadie en el asunto. Gracias, y á vuestra salud. (*Beben. A sí mismo.*) No está malo el pastalillo.... Y yo que creia que no me gustaba...... (*Cecilia echa vino á Ricardo y se olvida de Daniel que alarga el vaso.*) Y yo?

CEC. Ah, se me habia olvidado.

DAN. (*Ap.*) Que distracciones!... Preciso es aclarar....

JORGE (*Llamando desde fuera.*) Señor Daniel!.... Señor maestro!....

DAN. (*de mal humor.*) Ahora me llaman...... á buen tiempo.....

RIC. Id, sin cumplimiento: no os incomodeis por mi...

JOR. (*Lo mismo.*) Sr. Daniel!...

DAN. (*Incomodado por dejar solos á Ricardo y á Cecilia.*) Allá voy!.... allá voy!... Qué prisas!... Nada de eso.... no me incomodais.... Seguid lo mismo que si yo estuviera.

RIC. (*Que no ha apartado sus miradas de Cecilia.*) No.... lo mismo que si tú no estuvieras. (*Vase Daniel.*)

ESCENA IV.

CECILIA, RICARDO.

RIC. Mucho debe divertiros el buen Daniel, ¿no es cierto, Miss?

CEC. Divertirme? Nada de eso. Daniel es un hombre de mérito.... un poco estravagante, pero se ha mostrado siempre tan bueno con mi madre y conmigo.... Si vierais.... yo le quiero mucho.

RIC. Y yo tambien. Pero decidme, porque yo no atino á esplicarme que puede hacer una muchacha tan linda y graciosa como vos en este cuartucho de uno de los barrios peores de Lóndres.

CEC. Que quereis.... en este cuartucho he nacido y en él me he educado.... por eso mi ambicion no vá mas allá. Conozco que nunca debo salir de él.

RIC. Y por qué?... Haceos mas justicia. (*Aparte.*) Tentémosla por la vanidad. (*Alto.*) ¿Jamás, cuando paseais por las alamedas de San James, ó por Picadilly, se han despertado en vos ideas de ambicion viendo nuestras bellas ladys en sus elegantes carruages?..... ¿No deciais interiormente: «yo soy mas bonita que muchas de ellas, y si como ellas fuese en coche, atraeria sobre mí las miradas y los obsequios.

CEC. (*Sonriendo con timidez.*) Sí, algunas veces se le ocurren á una ideas... pero cuando he vuelto en mí he pensado siempre en el pobre Daniel.

RIC. Daniel!... Daniel os miraria pasar, y eso le complaceria. ¿No habeis tenido nunca tales sueños?

CEC. Ah, sí.... ¡Cuántas veces he soñado que era muy rica y que tenia todas esas cosas con que otras llaman tanto la atencion! Coche, palacio, criados con librea.....

Ric. Y que un caballero elegante y enamorado de vos caracoleaba en un brioso caballo á la portezuela de vuestro landó, dirigiendoos palabras de amor y de ternura..... ¿no habeis tambien soñado eso?.... y que él era vuestro amante apasionado y eternamente fiel....

Cec. ¡Un amante fiel eternamente!.... Oh, si.... eso se vé con frecuencia.... en sueños.

Ric. Y al que tan ciegamente os idolatraba, ¿le correspondiais vos?

Cec. Eso lo he olvidado ya.

Ric. Pero si entre la multitud afanosa que os rodeara le encontraseis siempre solícito cerca de vos, ¿le reconoceriais? ¿A quién de los que habeis hablado se parece el que se os representó?

Cec. Hola.... parece que sois curioso. Esos sueños son los que ocultamos siempre las mugeres.

Ric. (*Cogiéndola la mano con familiaridad.*) Yo tambien desde que estoy cerca de vos, tengo ensueños dorados que alhagan mi imaginacion: creo veros en un magnífico carruage, y yo en un alazan al lado. Que dichoso soy al veros eclipsar con vuestra hermosura y con vuestro lujo á millares de damas! Otras veces me imagino que vais vestida de amazona sobre un fogoso corcel, como la bella Eleonora de Grant, y yo diciendo á las otras con mi altanera mirada: "No, señoras, vosotras no sois tan hermosas como ella.»

Cec. (*Aparte.*) Ay!..... ay!..... estos son los vaticinios de la sota de bastos. (*Alto.*) Como habian de rabiar al verme asi las damas de la nobleza!.... Pero qué!.... eso podeis pensarlo vos.... un señor de tan alta categoría....

Ric. Alta categoría!.... Yo.... Sí, tal vez; ¿quién sabe?

Cec. (*Admirada.*) ¿Cómo quién sabe?

Ric. Para serlo, lo primero me falta conocer á mi padre.

CEC. ¿Qué? ¿no lo conoceis?... Luego sois huérfano, lo mismo que Daniel?

RIC. Soy, como suele decirse, un hijo del amor: al menos asi lo creo. Me han educado con esplendidez en un colegio, y cuando salí de él me entregaron veinte mil guineas que tenia en depósito un escribano. Yo las tomé sin gastar cumplimientos: las gasté alegremente, y al cabo de año y medio me encontré lo mismo que el dia que salí del colegio.

CEC. Que arrepentido debeis estar de no haber pensado en el porvenir.

RIC. Nada de eso. Entonces no hubiera tenido la imponderable felicidad de ser desgraciado, y por consecuencia consolado por vos. No habitaria bajo el mismo techo hospitalario que vos habitais... y no podria deciros ahora que os... (*La coge por la cintura y la mano con familiaridad.*)

CEC. (*Turbada y con timidez.*) El qué....?

RIC. Ah! ¡no me comprendeis?

(*Aparece Daniel que demuestra con gestos su disgusto: Cecilia procura desasirse de Ricardo.*)

CEC. (*Aparte.*) Temo haberlo comprendido demasiado.

ESCENA V.

DICHOS, DANIEL.

DAN. (*Aparte.*) Hum.... Muy arrimados estaban.

CEC. (*Afectando indiferencia.*) Y bien, Daniel, ¿qué os querian?

DAN. (*Aparte.*) ¿Qué encarnada está?

RIC. Parece que os poneis malo. ¿Teneis algo?.... ¿Cómo estais?

DAN. Para serviros, ¿y vos?

Ric. Habrán venido á buscarme?

Dan. Nada de eso.... Era á mí. Uno á tomarse medida para que le haga tres docenas de pantalones. Pero ah! ya se me olvidaba.... El médico se dirigia hácia aqui... viene á ver á la señora Bloomfield..... Ya sube.... retiraos.

Cec. (*Vivamente.*) Pronto, retiraos.

Dan. (*Impaciente, colocándose entre los dos, y obligando á entrar á Ricardo.*) Ea, despachad. (*Aparte y despues de haber observado detenidamente á Cecilia.*) Pues señor, bien decia Jorge, está conocido que hay un cubierto de más.

ESCENA VI.

CECILIA, DANIEL, BEDFORT.

Cec. (*Corriendo al encuentro del médico.*) Ah, ya estais aqui! Os aguardábamos con impaciencia.

Dan. (*Aparte.*) Buen modo tenia de aguardarle!

Bed. Buenos dias, Miss. Adios, Daniel... (*Tomándoles la mano.*) Calla, ¿qué es esto? Yo creia que solo serian necesarias mis visitas á la señora Bloomfield, y parece que toda la familia está indispuesta. (*Mirando á Cecilia.*) ¡Como le tiembla la mano! (*A Daniel.*) Y vos teneis el pulso agitadísimo.... que.... vamos; tiene calentura.

Dan. Nada de eso..... sino que como me mirais con ese aire.... Bien dicen que la presencia del médico causa siempre emocion, y es capaz de dar calentura... y...

Bed. Y cuando ya la hay, de aumentarla.... ¿No es cierto?

Dan. (*Sonriendo afirmativamente, y conteniéndose de*

pronto.) Sí..... es decir, no ha sido mi intencion ofenderos....

BED. Causarte yo calentura, ni el menor disgusto..... Dios me libre. Yo no te deseo mal ninguno, y aunque hace poco tiempo que te conozco, te aprecio y te quiero mucho.

DAN. Sois muy bondadoso, señor Bedford. (*Aparte.*) Es cosa particular, me tutea faltándome al respeto, y sin embargo, no me enfado.

BED. Eres aplicado y laborioso, y me son conocidas otras buenas cualidades tuyas. Sé cuánto has hecho por las personas que te adoptaron y te han criado.

DAN. Solo he hecho mi deber.

BED. Y serás recompensado, asi lo espero.

CEC. (*Que está ocupada arreglando la mesa.*) ¿Quereis que os acompañe al cuarto de mi madre?

BED. Es inútil: y decid, ¿despues de mí última visita, se ha notado algun síntoma particular?

DAN. Sí, se ha aumentado.... su apetito: es decir que ahora es mayor... la torta que come para postres.

BED. ¿Y la irritacion de la garganta? ¿Tiene mas espedito el uso de la palabra?

DAN. Oh! si.... Ya habla por demás.... Yo creo que ha salido de la crísis, y que ya nada tenemos que temer. Habeis hecho una cura prodigiosa, y vuestra fama es universal.... en toda la casa.

BED. (*Con simulada alegria.*) Muy bien. (*Aparte.*) Asi podré tener hoy mismo una conferencia con ella. (*Alto.*) Hasta despues, hijos mios. Tú, Daniel, cuídate mucho. (*Tomándole el pulso.*) Calla... ya no tienes calentura.... Es cosa muy original! No importa, bueno es curarse en sana salud..... Toma en ayunas..... un vaso de agua fria.... y alegria y confianza. Qué demonio! ya se vé, cuando entré teniais un aire tan encogido! Esta pobre muchacha parecia tener miedo de tí... Con-

que ea, hasta despues. Creo que pronto tendré una buena noticia que darte.

DAN. De veras.... Algun parroquiano destrozon...

BED. (*Con intencion.*) Sí, un escelente parroquiano. (*Aparte.*) Vamos á ver á la enferma, y á procurar por los intereses de Daniel sin que él se aperciba de ello. (*Alto.*) Oyes, que nadie entre mientras yo esté con ella.

DAN. Perded cuidado. (*Bedfort entra en el cuarto de la derecha en segundo término.*)

ESCENA VII.

DANIEL, CECILIA.

DAN. (*Aparte.*) Ya estoy mano á mano con ella. Tendrá valor para negar lo que yo mismo he visto. Quizás, porque esa es la táctica de las mugeres Y quién sabe? Tal vez se me han metido en la cabeza mil sospechas injustas.

CEC. (*Despues de haberlo arreglado todo.*) Ea, ya está todo concluido, y me bajo á la tienda.

DAN. (*Aparte y desconcertado.*) Se vá. (*Alto.*) Cecilia?

CEC. (*Volviendo.*) ¿Qué quereis?

DAN. (*A sí mismo.*) Animo, Daniel, ó eres perdido. Este es el momento.... Forzoso es estar alegre.... Tiene razon el doctor.... Y sin duda por eso le agrada el otro.... por su jovialidad.... no puede ser por otra cosa.... y yo puedo estar mas alegre que él, porque yo no debo nada á nadie.

CEC. (*Impaciente.*) Pero qué quereis?

DAN. (*Despues de una corta pausa, frotándose las manos con resolucion y riéndose.*) Ja.... Ja... Ja....

CEC. ¡No estais poco alegre!

DAN. (*Riendo cada vez mas.*) Ja.... Ja... Ja... Es una

idea que me ha ocurrido.... y que queria comunicaros.

CEC. Ya os escucho.

DAN. (*Aparte.*) Para todo tiene respuesta. El caso es que creo que tengo miedo. Cobarde!... No señor, voy á hablar resueltamente.

CEC. Pero acabareis hoy?

DAN. (*Aparte cogiéndola el brazo bruscamente y colocándole en el suyo.*) Ya no hay medio de volver atrás. (*La besa la mano.*)

CEC. Y bien?

DAN. A la francesa, querida, á la francesa... Ja... ja... ja..

CEC. (*Admirada, aparte.*) Qué le ha dado? Jamás le he visto asi. Pero esplicaos.

DAN. (*Suspirando.*) Cecilia!

CEC. Daniel!

DAN. (*Suspirando mas fuerte.*) Cecilia!!

CEC. Pero que teneis? Por qué suspirais?

DAN. Por qué suspiro? (*Aparte.*) Asi se debe empezar, segun dice Jorge. Ahora las miradas... (*La mira con ternura afectada. Cecilia se rie.*) Despues las manos... (*La suelta el brazo, la coge ambas manos y se coje del brazo de ella.*)

CEC. (*Aparte.*) Qué hace?

DAN. (*A sí mismo.*) Ahora hay que pasar á la alegría... hay que hablar... Esta es la parte mas difícil.... (*Alto.*) Cecilia, ya hace tiempo que nos conocemos.

CEC. Con efecto, bien me acuerdo; yo era muy niña, y vos ya estabais hecho un mozo como un roble.

DAN. Pobre señor Bloomfield! Cinco años hace ya que dejó la seda y las tigeras para ir á descansar á la mansion de los sastres que no han pecado. (*Manifestando con la accion el robo por el corte.*) Me parece verle aun en su lecho... Y bien, señor Bloomfield, cómo vamos.—No muy bien... creo que ya pronto... (*Marcando por la accion la muerte.*) Tú serás mi sucesor y mi heredero.... pero

no tengo mas que deudas que dejarte. Tú las pagarás, Daniel...—Pobre hombre, Dios le tenga en descanso.

CEC. (*Con tristeza.*) Y lo habeis cumplido.

DAN. Eso sí. Despues añadió, "te encargo que trates á mi muger como si fuera la tuya... es decir, no precisamente.... como si fuera tu madre.... y á mi hija como á tu hermana. A tí te las encomiendo... y confio que no carecerán de nada, aunque algun dia haga la suerte que encuentres á tus padres que te abandonaron.

CEC. (*Conmovida.*) Ah!

DAN. Y yo, ¿qué habia de decirle? "Tal vez eso no sea nada, buen ánimo... la vista está buena..." "No, conozco que es mi hora postrera," dijo el cuitado... apreté su mano... y un momento despues cerró el ojo para siempre. (*Muy conmovido.*)

CEC. (*Llorando.*) Qué vais á recordar ahora?

DAN. (*Enjugándose los ojos.*) No lloreis.... no es eso precisamente lo que yo queria decir. (*Aparte.*) Buen modo tengo yo de estar alegre y de hacer el amor...

CEC. Ya no lloro.... no debemos estar asi.... si nos oyesen creerian que regañábamos...

DAN. Quién?

CEC. Sir Ricardo que está allì.

DAN. (*Dando una patada.*) Maldito sea Sir Ricardo. (*Aparte.*) No se le aparta un momento de la imaginacion.

CEC. Pero, ¿qué variacion es esa? ¿No os interesais ya por él?

DAN. Sí, me intereso, aunque no le encuentro yo muy interesante. Y tal vez hago mal: sus acreedores no tienen mas garantía que su persona, y ocultándole yo, me hago cómplice suyo; por eso mi probidad me aconseja echarle de casa. (*Dirigiéndose á la puerta donde está Ricardo.*)

Cec. Esa es mucha crueldad.

Dan. No digo que sea filantropía... pero pudieran pedirme cuenta de mi conducta, y no quiero responsabilidad de ninguna especie. Si no me debiese nada, vaya con dos mil demonios... pero siendo yo uno de sus acreedores... hago traicion á la corporacion, y no es justo. Vereis con qué gracia le despido.

Cec. (*Poniéndose delante de él.*) Pues no lo hareis.

Dan. Cómo!

Cec. Sí, está visto que sois interesado y que teneis mal corazon. El dinero tan solo es lo que os obliga á echarle... pues bien, se os pagará.

Dan. Y quién?

Cec. Yo, para impediros de este modo cometer una mala accion.

Dan. (*Aparte.*) Ay Dios, y cuánto le ama.

Cec. (*Que ha sacado del armario una hucha.*) Por doce miserables guineas echar á la calle á un desgraciado! esponerlo á mil peligros!...

Dan. El dinero, es él quien me le debe y no vos...

Cec. Y en pagandoos, que os importa la mano de donde venga?

Dan. (*Aparte.*) Cuando las mugeres se encaprichan por un hombre... Y él... el traidor... se viste con mi ropa sin pagármela... se mete en mi casa huyendo de mí, se come mi comida, y no se contenta con eso, sino que tambien quiere mi muger... Estamos lucidos. (*Arroja el dinero sobre el mostrador.*)

Cec. Vuestra muger.

Dan. Sí señora, mi muger, porque os amo como un majadero. Ah! ya lo debeis haber conocido... Cuatro años hace... cuatro años que me estoy ahogando... y cuatro años que estoy desesperado porque no sé de qué modo decirósio, y me parece que no os lo diré nunca... á menos que no os deis ya por entendida.

CEC. Con que me amais?

DAN. Buena pregunta! Pues qué, no habeis notado los pantalones y los chalecos que he estropeado por estar pensando en vos. No observabais que ni comia ni bebia... Por las mañanas saludando á todos, "Buenas noches..." y por las noches... El hombre que os ve en todas partes.... que no es feliz sino á vuestro lado... os ama, ó qué demonios se llama esto?

CEC. Mas yo no podia adivinar....

DAN. (*Picado.*) Ya lo creo! Vos necesitais personas mas interesantes.... Hombres proscriptos, desgraciados... románticos.... Eh, callad.... no quiero veros ni volver á oir hablar de vos.

CEC. Calmaos, Daniel: ahora estais muy agitado, y no conviene seguir esta conversacion: os dejo, pero no tardaré en volver.

ESCENA VIII.

DANIEL, *despues* JORGE.

Cuán de corazon detesto á ese Sir Ricardo! Estoy resuelto: voy á ponerle de patitas en la calle.... Pero esto no basta. Le desafiaré... le... Sí, mas el caso es, que siendo un caballerete elegirá la pistola, y yo dificilmente atinaria á un elefante. No importa, tengo puños y nos veremos!

JOR. (*Con una carta en la mano.*) Hola, aqui está.

DAN. (*Sin verle, en ademan de andar á puñetazos.*) Pero hace tanto tiempo que no lo ejercito, que tal vez lo habré ya olvidado. (*Viendo á Jorge.*) Ah, eres tú... A ver si recuerdo. (*Le dá un puñetazo.*) No es esto, eh?

JOR. Ay.... Pero qué diablos haceis?

DAN. Sí, y luego vuelve á colocarse esta mano aqui para evitar el golpe del contrario.

JOR. (*Preparándose á recibirle.*) Y bien, venid ahora.

DAN. Otra idea mejor me ha ocurrido. Si le dejo libre, se verán y aun les traerá mas cuenta.

JOR. Pero en qué estará pensando.

DAN. Jorge?

JOR. (*Poniéndose en guardia.*) Todavia.

DAN. Ves á buscar á los constables... tropa.... toda la policía.

JOR. Los constables?

DAN. Y pronto. El saber para qué es, no te importa. (*Aparte.*) Cuando esté en chirona quedaré tranquilo.

JOR. Pero, señor maestro...

DAN. Aun estás ahí?...

JOR. (*Le presenta la carta y se pone en guardia.*) Esta carta que acaban de traer para vos. (*Daniel le dá un bofeton, despidiéndole*) Canario.... no es mal modo de pagar el porte.

DAN. (*Tomando la carta.*) Está bien. Haz lo que te digo, y corriendo.

JOR. (*Aparte.*) El constable.... La policía.... Puñetazos..... Vamos, el maestro ha perdido la cabeza. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DANIEL *solo.*

Qué carta será esta... Tal vez algun encargo de cualquier parroquiano... (*Rompe el sello.*) Todavia Sir Ricardo.... no acabaremos nunca. (*Procurando calmarse, lee.*) "Caballero, me veo pre-

cisado á marchar con mi regimiento.” Y á mí qué me importa eso? (*Sigue leyendo.*) “Me apresuro á poner en conocimiento de mi amigo Ricardo” si es tu amigo, él tratará de quitarte tu muger, no te dé cuidado. (*Sigue.*) “á quien sé dais asilo, que mis diligencias para averiguar el orígen de su nacimiento no han sido infructuosas... Calla, tambien él es hijo de contrabando?... (*Volviéndose hácia la puerta de la derecha.*) Bastardo!... (*Sigue.*) “Todo me hace creer que lord Surrey, antiguo gobernador de las Indias Orientales, no es estraño enteramente al donativo de veinte mil guineas entregadas á Sir Ricardo á su salida del colegio.” Veinte mil guineas... y sin conocer á sus padres.... Cuántos los conocen y no tienen un schelin.... A ese precio ya se puede ser bastardo. (*Sigue.*) “Milord guardará tal vez el secreto por consideracion á la madre, que debe pertenecer á una de las mas poderosas familias del reino.” Qué dichoso es!... Y yo que queria que le prendieran!... (*Llamando.*) Jorge... Jorge.

ESCENA X.

DANIEL, BEDFORT.

(*Bedfort saliendo del cuarto de Mistris Bloomfield. Aparte.*)

BED. Ahora ya estoy seguro del negocio.

DAN. (*Aparte.*) Me acaloré y ahora conozco que he obrado con suma ligereza.

BED. (*Estrechándole en sus brazos.*) Querido Daniel! Cuánto me alegro de volverte á ver! De abrazarte de nuevo...

DAN. Mil gracias (*Aparte.*) Pues si acaba de apartarse de mí, á qué vienen esos estremos?

BED. Te he prometido un escelente parroquiano, noble, muy noble... pero interinamente lo que hace falta es un frac sumamente elegante... esto es cosa mia.

DAN. Para vos?

BED. No.

DAN. Y la medida?

BED. Es para un hombre de tu cuerpo... Un frac como para tí...

DAN. Bien, bien, ya está entendido.... y se os complacerá.... (*Aparte.*) Le daré el frac que no me viene.

BED. Cosa séria... color obscuro... negro...

DAN. Negro... ó azul celeste.

BED. No, negro.

DAN. Es que el azul es mas de moda...

BED. Sí?

DAN. Celeste sobre todo.

BED. Tú me le llevarás.... tú en persona.... entiendes? y lo mas pronto posible, en casa de Lord Surrey... Aqui tienes las señas... A Dios, y no faltes.

DAN. (*Deteniéndole.*) ¿Lord Surrey, decís? (*Aparte.*) El nombre de la carta: si pudiera descubrir.... (*Alto.*) Lord Surrey, antiguo gobernador de las Indias Orientales?

BED. Luego has oido hablar...

DAN. Chist... indirectamente. Parece que ha sido en sus mocedades algo ligero de cascos.

BED. Ah, Daniel, qué lenguage! Nadie menos que tú tiene derecho á usarle para con él.

DAN. Es cierto, puesto que vá á ser mi parroquiano... No obstante, yo nada invento.... ademas solo á vos he hablado del asunto... El que vá á las Indias bien puede dejar algun pecadillo en Europa... un hijo por ejemplo.

BED. (*Sorprendido.*) Un hijo!...

DAN. Sí, al cual, por no ponerle una targeta de factura para reconocerle, pudiera acaecerle que no viendo muy claro su orígen se hiciese llamar Bertran, Ricardo ó Juan Perules... cuando debió llamarse Surrey... (*El doctor le observa muy atentamente.*)

BED. (*Con gran misterio.*) Silencio sobre esto...

DAN. (*Aparte.*) No cabe duda... Ricardo es el hijo de Milord...

BED. (*Aparte.*) ¡Estraña casualidad!... Es preciso darse prisa. (*Alto.*) Ven á verme lo mas pronto posible.

DAN. Está dicho.

BED. Qué seas exacto... y no olvides el frac negro....

DAN. Sí, azul celeste... convenido.

ESCENA XI.

DANIEL, *despues* JORGE, *en seguida* RICARDO.

DAN. Sir Ricardo es fijamente... Y parece que Milord no tiene gran prisa en reconocer á su hijo... Ah, qué idea... Si pudiese... entonces quedaria tranquilo con respecto á Cecilia.

JOR. (*Sale corriendo.*) Uf...

DAN. Eres tú?

JOR. Ya estais servido.

DAN. Cómo?

JOR. Ya van á venir.

DAN. Quién?

JOR. Toma.... los constables que me habeis enviado á llamar.

DAN. ¿Y quién te ha mandado?

JOR. Vos mismo.

DAN. Y creo que tiene razon! Tan turbado estoy que

ni sé lo que me pasa. Iluminadme, Dios mio!.... No hay un momento que perder. (*Abre la puerta del cuarto de Ricardo.*) Sir Ricardo.... Sir Ricardo.

RIC. (*Saliendo.*) Qué hay de bueno, maestro Daniel?

JOR. (*Viendo á Ricardo.*) ¡Calla!... ¿de dónde sale este?

DAN. (*A Ricardo.*) De bueno nada, de malo mucho. Yo he enviado á llamar la justicia y dentro de un instante llegarán para prenderos....

RIC. Para prenderme... Y habeis sido vos...

DAN. No se trata de eso, sino de salvaros... comprendeis? Yo trato de salvaros de mí mismo.

RIC. Cómo es eso?... No comprendo...

DAN. Ni yo tampoco, mas no importa... No es necesario comprender, sino tomar las de Villadiego... No es esta cuestion de talento, sino de piernas... corred... á menos que no prefirais ir á la cárcel.

RIC. Pues bien, sí, quiero ir á la cárcel, puesto que me echais de vuestra casa.

DAN. Vaya una tema...

RIC. A dónde he de ir... sin ausilio ninguno...

DAN. Yo os proporcionaré un magnífico palacio.

RIC. Sin recursos...

DAN. Con 30,000 guineas de renta tendreis bastante?..

RIC. Sin familia!...

DAN. Dejaos guiar por mí, y yo os abasteceré de todo: de casa, dinero... y hasta de familia.

RIC. Os burlais de mí?

DAN. No tal.

JOR. (*Aparte.*) El maestro se ha vuelto loco.

ESCENA XII.

Los mismos y CECILIA *que llega muy agitada.*

CEC. ¡Dios mio! Los constables en esta casa.

DAN. (*A Ricardo.*) Pronto, huyamos por la puertecilla escusada.

RIC. A Dios... Cecilia... Creed que siempre...

DAN. (*Empujándole.*) Ya se lo contareis otro dia. Ahora vámonos. (*Aparte.*) Ya se me olvidaba el frac nuevo... (*Poniéndosele bajo el brazo.*)

CEC. ¿Pero qué es esto?

RIC. Que me salva de nuevo.

CEC. Cielos...

DAN. Mas aun: le hago Lord de Inglaterra.

CEC. La sota de bastos....

RIC. A Dios.

DAN. A Dios.

CEC. A Dios.

(*Vanse Ricardo y Daniel por la puertecilla escusada: en este momento aparecen los constables en la del fondo, y Cecilia se coloca delante impidiéndoles el paso.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala lujosamente amueblada. Puertas laterales. Al foro una gran ventana que dá al jardin. A la izquierda del actor un sofá y un sillon. A la derecha una mesa y otro sillon.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA, BEDFORT, LORD SURREY.

(*Al levantar el telon aparece Lord Surrey sentado en el sofá, Bedfort de pié á alguna distancia y entre los dos, tambien de pié, Cecilia.*)

BED. (*A Cecilia.*) Vamos, hija mia, desechad toda turbacion y reparo. Habeis hablado muy bien.

SUR. Y os escuchamos con mucha atencion.

CEC. Pues esa atencion es la que me turba.... contando tambien que aun no he vuelto en mí de la sorpresa que me causó la venida del Sr. Bedfort á buscarme en un coche tan magnífico, y el haber atravesado en él todo el barrio con gran admiracion de los vecinos que salian á las puertas y ventanas....

BED. Os parece todo un sueño; pero no tengais cuidado, que no hay nada de hechicería ni de rapto.

Estais en la casa y presencia del noble Lord Surrey (*Aparte*) que no está ya para robar muchachas.

SUR. Hubiera querido, lo primero, hablar con vuestra madre, pero Bedfort temió que la fatiga y la emocion la perjudicasen.

BED. (*A Cecilia.*) Vaya; continuad vuestra relacion.

CEC. Mi relacion está acabada. Os he dicho cuanto sabia respecto á Daniel, y lo mismo es lo que dirán todos en el barrio, donde se le conoce por el sobrenombre de Daniel *el honrado*. Podeis con toda seguridad valeros de él en lo relativo á su oficio. (*Haciendo una cortesía.*) ¿ Desea milor saber alguna otra cosa?

SUR. Sí; no nos habeis dicho cómo y en dónde le recogió vuestro padre.

CEC. No creí que hiciese al caso... (*Aparte.*) Vaya unas informaciones para elegir sastre; ¿si exigirá tambien pruebas de nobleza?

BED. A ver si recordais bien las fechas. ¿No fué en 1813?

CEC. Si señor; por enero de ese año fue cuando mi padre trajo á casa un niño que encontró á la puerta de la iglesia de S. Andrés.

BED. (*Aparte.*) Era Daniel.

CEC. Lo he oido contar tantas veces, que es lo mismo que si hubiera estado presente. Era un invierno terrible, y los pobres padecian mucho por falta de trabajo. Mi padre entró por la noche y entreabriendo la capa le dijo á mi madre, mostrando el niño: ¡Muger, aqui tienes un nuevo aprendiz! La pobre señora dió un grito de compasion y de sorpresa, y respondió: «Bendito sea Dios que nos lo envía, debemos cuidarle como si fuera hijo nuestro.»

SUR. Continuad, joven: me interesa mucho vuestra relacion.

Cec. Con el tiempo aprendió aquel niño el oficio de sastre, y cuando mi padre murió halló ocasion de pagar con creces los cuidados que le habian prodigado. Un hijo no hubiera hecho por su madre lo que Daniel hizo por la mia y por mí. Todo se lo debemos ; y ese pobre huérfano ha sido para nosotros un angel enviado de Dios.

Bed. Bien , hija mia , muy bien.

Sur. Pero....

Bed. Me gustan mucho los corazones agradecidos , ¿no es verdad , Milord ?

Sur. Es cierto, mas.... (*A Cecilia.*) Y decidme, ¿no llevaba ese niño ninguna señal por donde pudiera despues ser reconocido?

Cec. Nada, Milord, nada absolutamente; solo que los pañales que le envolvian tenian las iniciales E. S.

Sur. (*Aparte.*) Enriqueta Simpson!

Bed. (*Aparte.*) Al cabo se ha enternecido.

Sur. (*A Bedfort.*) Haced salir á esa joven, pero que no se marche de casa. Quiero todavia...

Bed. (*A Cecilia.*) Hija mia, podeis ir á dar un paseo por el jardin; ya os llamaremos.

Cec. (*Bajo á Bedfort.*) ¿Pero á qué tantas preguntas?

Bed. (*Acompañándola hasta la puerta.*) Manías de personage. Tiene el capricho de querer saber... Conque hasta luego, hermosa. (*Vase Cecilia.*)

ESCENA II.

SURREY, BEDFORT.

Bed. (*Aparte.*) Ahora me toca á mí, y si los consejos del amigo y del médico no alcanzan, tengo derechos que sabré hacer valer. (*Alto.*) ¿Qué tal, Milord?

SUR. No me queda duda alguna, y si solo se tratase de abrir mis brazos á Daniel y de asegurar su porvenir, no titubearia...

BED. (*Con viveza.*) Cómo! ¿Aun estamos ahí? ¿Con que no dudais ya y aun vacilais?

SUR. Hablemos sin pasion, Bedfort.

BED. Sin pasion!

SUR. No se trata de un exagerado rasgo de amor paternal. Mi juventud fue disipada y aun criminal, lo confieso.

BED. Pues es fortuna!

SUR. Pero no puedo pensar en reparar todo el mal.... ¡habia mucho que hacer!

BED. No lo dudo.

SUR. Por consecuencia, no hablemos de sentimentalismo. Mi objeto es importante y positivo; quiero, antes que todo, hallar un heredero digno del nombre que llevo ileso y sin menoscabo, y del inmenso caudal que le acompaña. ¿Puedo confiar ambas cosas á un cualquiera?

BED. (*Aparte.*) Un cualquiera!... (*Alto.*) Ese cualquiera, Milord, es vuestro hijo, y lo que es mas, vuestro hijo mayor. Acordaos de que en 1800 erais muy joven y muy pobre; y que yo reclamo en favor de Daniel el derecho de primogénitura consagrado por las leyes de Inglaterra.

SUR. (*Sonriendo.*) Cuando se trata de adopcion hay completa libertad....

BED. Pero ¿quién puede ser preferido á Daniel?

BED. Pues no sabeis que tengo otro hijo?

BER. Sí, Ricardo. Convendria mejor á vuestras miras, ¿no es verdad? Satisfaria mejor vuestra preocupacion aristocrática, porque en rigor podria poner dos coronas de conde en su escudo de armas, si como creo es hijo de una condesa. Teneis razon, es un hijo que os hará honor.

SUR. ¿Y por qué no? Educado en el colegio de Eton,

tendrá los modales y las ideas de una persona distinguida.

BED. Oh! Lo que es eso, se puede decir que ha aprovechado perfectamente las lecciones que ha recibido. Ha malgastado con la mayor nobleza las veinte mil guineas que le proporcionásteis... Pero en fin, ¿quereis reconocer á los dos? No me opongo.

SUR. No, no; entonces tendria que dividir mi caudal y se disminuiria la consideracion debida á mi nombre.... De ningun modo.

BED. ¿Y dónde vais á hallar á Ricardo? Despues de muchos pasos inútiles se ha perdido todo rastro de él á la puerta de una prision. Aunque se le encontrára, me parece que es preferible hallar un heredero en una tienda, que no hallarlo en la cárcel.

SUR. Teneis razon; y mañana ú otro dia....

BED. El caso es que Daniel está ahi.

SUR. En mi casa!

BED. Hace dos horas que espera allá fuera. Pero tranquilizaos, nada sabe.

SUR. Bedfort, no me dejais respirar; veis que estoy enfermo.....

BED. Yo soy médico y sé mi oficio. Vuestra principal enfermedad es del espíritu, y lo que necesitais es una familia que mire por vos. Con Daniel la tendreis, y no recibiéndole obrariais contra vuestro interés.

SUR. Decid mas bien que contra el de vuestro protejido.

BED. Os equivocais; he dicho lo que debo decir. Daniel nada espera de vos, porque ha sabido formarse un estado y un nombre honroso. No os necesita para nada, y vos sí le necesitais á él.

SUR. Pero ya sabeis que el que resulte mi hijo, debe casarse con mi sobrina y que...

BED. Ya entiendo; pero no os dé cuidado. Eleonora Grant quiere antes que todo lujo y brillantez: el esposo que le lleve cincuenta mil libras esterlinas de renta, será muy bien recibido de ella.

SUR. El heredero de mi nombre debe tomar asiento en la Cámara alta...

BED. Pues yo creo que el mejor título para ocuparle, es la honradez.

SUR. Eso se resiente de las ideas que van cundiendo.

BED. Pues me parece que vos tambien habeis olvidado alguna vez la aristocrácia, porque Henriqueta Simpson, madre de Daniel, era plebeya, y no creo que para seducirla la pidieseis sus títulos de nobleza.

SUR. Bedfort, abusais de la amistad que os profeso.

BED. Al contrario, os pruebo la mia.

SUR. En fin; esto ya raya en tenacidad.

BED. Puede; pero el hecho es que cometisteis una mala accion.

SUR. Era entonces joven y calavera. Hace veinte y ocho años.

BED. Pues bien, Milord, veinte y ocho años hace que Henriqueta Simpson, mi hermana, fue echada de su casa y murió al dar la vida á Daniel.

SUR. ¿Con que era hermana vuestra?

BED. Sí, hermana de madre; y quiso Dios que entonces fuese demasiado jóven para pediros justicia en nombre de ella, y de su hijo y el vuestro.

SUR. Hace cinco años que nos conocimos en las Indias, y no me habiais dicho...

BED. Esperaba sin separarme de vos. Decia para mí, dejemos pasar el ardor ambicioso que le devora: encanecerá su cabeza, y de vuelta á Lóndres no dejará de ocurrirle el pensamiento del mal que ha hecho y del bien que puede aun hacer.

SUR. (*Alargándole la mano.*) ¡Qué terco!

BED. (*Apretándola.*) Os la doy como hermano, como

médico y como amigo. Vamos, Milord. No se le puede en conciencia despedir sin oirle...

SUR. Sí, decidle que me espere.

BED. (*Aparte.*) Siempre con retardos é indecisiones!

SUR. Pero que no sepa....

BED. Qué? ¿Qué es hijo vuestro? No tengais cuidado, quiero que vois tengais el placer de decírselo.

SUR. Pues hasta luego. (*Vase por la derecha del actor.*)

ESCENA III.

BEDFORT, *despues* DANIEL.

BED. Al cabo voy logrando lo que deseaba. El es terco, pero yo tambien lo soy, y ademas médico. (*Llama y sale un criado.*) Haced que entre ese hombre que espera en la habitacion inmediata. (*Vase el criado.*) Llegó el momento decisivo; y con tal que mi amado sobrino no haga alguna necedad....

DAN. (*Al bastidor.*) Dejadme hacer á mí, yo me encargo de todo.

BED. Aqui está! (*A Daniel.*) Vamos!

DAN. (*Con un lio.*) Vamos, ya hace dos horas que estoy esperando!

BED. (*Tomándole la mano.*) Me alegro mucho de verte aqui, hijo mio.

DAN. (*Aparte.*) Hoy me ha visto tres veces y siempre me dice lo mismo. (*Alto.*) ¿Dónde está Milord?

BED. No tardará; espera un poco.

DAN. Que espere! ¿Pues cuántas antecámaras hay aqui? Esta ya es la segunda, y si la cosa sigue, aqui tendré que dormir.

BED. (*Aparte*) Puede! (*Alto.*) ¿Es ese el frac negro de que hablamos?

DAN. ¿Negro? Azul querreis decir, azul celeste.

BED. ¡Azul celeste!

DAN. (*Desatando el lio.*) Eso fue lo que pedisteis y en conciencia no podeis ahora exigirlo negro.

BED. En fin, es igual. No podemos perder tiempo, y ya que te empeñas...

DAN. (*Ap.*) Me empeño en deshacerme de una mala prenda. (*Desdoblando el frac.*) Mirad que bien está.

BED. Para verlo bien, póntelo.

DAN. Yo?

BED. Sí, tú. Es para tí.

DAN. Para mí?

BED. Sí, hombre, sí. Te vás á presentar á Lord Surrey, antiguo gobernador de las Indias, y es preciso ponerte elegante. Para estos señores el trage es todo.

DAN. ¡Cosa mas rara! Conque Milord principia siendo parroquiano por mandar que se haga ropa el sastre! Supongo que no será esta la única obra que me mandará hacer.

BED. Vamos, ponte el frac. (*El frac será algo ridículo.*)

DAN. Vaya un capricho! (*Poniéndose el frac.*) Y lo peor del caso es... qué demonio!. (*Alto.*) Un frac nuevo siempre cuesta... (*Sin poder meter el brazo.*)

BED. Despacha.

DAN. Dejadme que llame á mi oficial mayor, que está ahí, para que me ayude.

BED. No es menester; yo te ayudaré. (*Le ayuda á meter las mangas.*) ¿Qué es lo que ha crujido?

DAN. Nada, nada; es el forro, y justamente traigo agujas y seda. (*Quiere quitársele.*)

BED. No, no; qué importa el forro!

DAN. Bueno! (*Volviéndose.*) Ya veis que parece espresamente hecho (*Aparte.*) para otro.

BED. Asi estás, sobre poco mas ó menos, como yo queria.

DAN. (*Aparte.*) Le parece bien! ¡Pues no es difícil de contentar!

BED. Levántate un poco el pelo.

DAN. El pelo! (*Aparte.*) Para eso era menester poder levantar los brazos.

BED. Sí, esa frente despejada. (*Arreglándole el pelo.*) Bien. Ahora no olvides que la persona á quien vas á ver, es tu.... es decir, mantente derecho y con cierto aire elegante, sin decir palabra, que yo me encargo de lo demas.

DAN. Qué calle! Sereis obedecido. Asi no me equivocaré.

BED. Voy á disponer varias cosas y volveré para conducirte yo mismo.

DAN. ¿A la tercera antecámara?

BED. No, á la habitacion de Milord. (*Vase Bedfort.*)

ESCENA IV.

DANIEL, RICARDO.

DAN. Se marchó! (*Acercándose á la puerta de la izquierda del actor.*) Veamos al otro. Chist! Chist!

RIC. Aqui estoy, ¿qué tenemos? ¿Estais seguro de que es en realidad mi padre?

DAN. Segurísimo.

RIC. ¿Y qué?

DAN. Todavía no se ha hecho nada, pero hay mucho adelantado.

RIC. Bien, pues entremos.

DAN. No puede ser por ahora, y seria lo mejor....

RIC. Pues no me dijisteis que prevendriais al médico para que hablase....

DAN. Sí... pero... todavia... mirad, idos á pasear por el jardin, y cuando sea tiempo yo me asomaré á esa ventana.

RIC. Pero....

DAN. Idos por Dios, y descuidad. (*Aparte.*) Si viene el Sr. Bedfort y le vé antes que el otro sepa.... Esto podría perjudicar. En fin, idos.

RIC. (*Mirando por la ventana.*) Allí está Cecilia. (*Alto.*) Bien, pero no os descuideis.

DAN. Ni por pienso. (*Vase Ricardo.*)

ESCENA V.

DANIEL, *despues* BEDFORT.

DAN. Me temia que el médico.... Lo que yo quiero es impedir á toda costa que vuelva á ver á Cecilia; y una vez que su padre mire por él y le dé dinero, no se acordará. (*Viendo á Bedfort.*) Hola! señor Bedfort.

BED. Daniel, Milord viene detrás de mí; no olvides ninguno de mis encargos.

DAN. Podeis descuidar.

BED. Sobre todo, no hablar mas que lo absolutamente preciso para responder á las preguntas que te haga.

DAN. Muy bien. (*Aparte.*) Ya verás la que te espera.

BED. Aqui está.

ESCENA VI.

Dichos, SURREY.

SUR. (*Viendo á Daniel.*) El es!

DAN. (*A Surrey.*) Milord, tengo el honor.... (*Bajo á Bedfort.*) Está muy bien conservado.

BED. (*Id.*) Calla.

DAN. (*Para sí y mientras coloca el sombrero sobre un sillon.*) No, es que todos se figuran que en la Cámara alta solo hay vejetes que juntan la nariz con la barba, y veo que es un error.

BED. (*A Surrey.*) ¿Qué tal, Milord?

SUR. (*Bajo.*) ¡Cómo se parece á su madre!

BED. (*Aparte.*) Sí, en lo que tenia feo.

SUR. (*Mostrando un retrato á Bedfort.*) Mucho tiempo hacia que no me atrevia á mirar este retrato..... ved....

BED. (*Conmovido.*) Qué parecida está!

SUR. Observad.... como sus facciones.... (*Ambos examinan á Daniel comparándolo con el retrato.*)

DAN. (*Turbado.*) ¿Qué diablos es esto? ¡Pues son ellos los que al parecer quieren tomarme medida!.... ¿Si tendré hoy algo de particular?

SUR. Acércate, joven.

DAN. (*Aparte.*) Acércate! Pues me gusta la franqueza. Parece que todos se empeñan en tutearme.

BED. Acércate, hombre.

DAN. Ya lo he oido.... Aqui estoy, Milord. (*Aparte.*) Vamos á ver cómo aprovecho la ocasion de enjaretarle mi arenga en favor de Sir Ricardo.

SUR. Siéntate.

DAN. (*Admirado.*) ¡Qué me siente!

BED. (*Acercando el sillon en que Daniel puso el sombrero.*) Sí, hombre; haz lo que te dicen.

DAN. ¡Y en un sillon tan lujoso! (*Al tiempo de ir á sentarse mira á los dos y se detiene.*) Pero, señores, cuidado no haya equivocacion! Yo me llamo Daniel, soy sastre; y generalmente no suelo sentarme en las casas donde voy. Aqui he venido para tomar medida... (*Saca una medida, la desdobla y vá á acercarse á Surrey.*)

SUR. (*Con cierto disgusto.*) Sastre! Bien harias en olvidar que lo eres.

DAN. Olvidar mi oficio! Pues no era mala hazaña! Entonces...

BED. (*Dándole un porrazo en el brazo que hace volver á enrollar la medida.*) Siéntate y calla!

SUR. Daniel, ¿no quieres hablar un instante conmigo?

DAN. Con mucho gusto.... apuradamente me muero yo por la conversacion. (*Aparte.*) No sé por dónde empezar.... (*Alto.*) Pues señor. .. me sentaré.... (*Vá á sentarse y vé el sombrero que está en el sillon. Lo toma en la mano y se sienta.*) Pues como digo.... la conversacion es el alma de.... es claro, porque al cabo cuando uno trabaja.... se tiene el entretenimiento.... y.... luego, como dice el refran, la gente hablando se entiende.... (*Aparte.*) No me responde y yo no lo puedo hablar todo. (*Alto.*) Es decir tambien.... que á veces se murmura.... y eso no es bueno.

(*Mientras dice esto está Daniel muy turbado sin saber que postura tomar. Pasa el sombrero de una parte á otra, y al cabo concluye por ponerlo debajo del sillon.*

SUR. (*Que no lo ha escuchado.*) ¡Cómo me recuerda!.... (*Se levanta y se para mirando á Daniel.*) ¡Pobre Henriqueta!

DAN. (*Aparte.*) Henriqueta! ¿Por qué me llamará Henriqueta?

SUR. Me parece haber vuelto á los tiempos de mi juventud.

DAN. (*Aparte.*) Su juventud! Ahora es la ocasion de hablarle de Sir Ricardo. (*Alto.*) Por lo que respecta á juventud.....

BED. (*Interrumpiéndole por lo bajo.*) Calla, ó lo echas á perder.

DAN. (*Sorprendido.*) Eh?

SUR. (*Como que ha reflexionado.*) Quieres decirme, Daniel, que tu juventud ha sido triste. Sin embargo, las manos generosas que te recogieron en S. Andrés....

DAN. Hola! ¿Conque sabeis?... Pues en efecto, Milord, preciso es que haya en el mundo gentes caritativas que cuiden de los niños agenos, cuando hay padres....

BED. (*Bajo.*) ¿Quieres callar?

DAN. (*Aparte.*) Ya no callo.

SUR. Vaya, no te detengas..... Decias que hay padres que abandonan á sus hijos, ¿no es verdad?

DAN. (*Turbado.*) Oh! no, no era eso, Milord.... Decia solo que hay hijos que se ven abandonados por sus padres.

BED. (*Aparte.*) Ya dijo una necedad!

SUR. ¿Y tú has sufrido semejante desgracia?

DAN. (*Aparte.*) Calla, calla! El mismo me da ocasion.

SUR. Y á pesar de la generosidad de tus protectores, ¿echabas de menos á tus padres?

DAN. Toma; mas de una y mas de tres veces.... por mas que le digan á uno: tú eres hijo de la casa, siempre se conoce que no es verdad, y que todo es palabrería..... Por ejemplo, cuando iba yo á la escuela veia que todos los chiquillos del barrio llevaban tortas y confituras que me refregaban por los hocicos; y si yo les sacudia, ellos tambien me cascaban........ Despues entraba en casa y el maestro me decia: Daniel, si trabajas bien y eres buen muchacho, te tendré siempre en mi casa, y no te despediré. Buen

modo de tenerle á uno por hijo de la casa!

Sur. (*Enternecido.*) Pobre Daniel!

Bed. (*Con intencion.*) Ya comprendeis, Milord, cuanto ha debido sufrir!

Dan. Oh!.... Pero supongamos que yo ningun motivo haya tenido para quejarme. (*Aparte.*) Vamos ahora al otro. (*Alto.*) Mas si en vez de ser un pobre artesano contento con su suerte, hubiera yo tenido ideas de grandeza, ideas mas altas.... que mi obrador.... Como por ejemplo, si hubiera querido ser oficial de tropa y tener espada.... La cosa es muy posible.

Sur. Posible!

Dan. Yo conozco uno que tenia tales ideas, y que no está ahora muy lejos de aqui.

Sur. Todo lo sabia!

Bed. Pues no sé cómo.... (*Bajo á Daniel.*) Bravo! Asi va bien: sigue.

Dan. (*Aparte.*) Ahora me dice que siga!

Bed. Es un corazon caballeresco!

Sur. No habia yo imaginado que pudiese tener esos pensamientos de noble ambicion...... todo puede repararse con mis beneficios.

Dan. Cierto, eso pienso yo.

Bed. Adoptándole legalmente.

Dan. Por supuesto; ese es el camino mas corto.

Sur. Pero, ¿será capaz de llenar los deberes que impone tan alto puesto?

Bed. No puede dudarse.

Dan. Yo respondo.

Sur. Pues bien, Daniel, triunfaste.

Dan. (*Aparte.*) Es decir que triunfó sir Ricardo.

Bed. Vamos, abraza á tu padre.

Dan. (*Estupefacto.*) Mi padre? Cómo? En dónde? Qué decis?

Sur. Sí, eres mi hijo!

(*Daniel confuso se levanta, se sienta, saca el pa-*

ñuelo, se suena y hace gestos como de persona que no sabe lo que le pasa.)

SUR. Sí, abrázame; eres mi hijo, y desde hoy ocuparás á mi lado el lugar que te corresponde. Ese corazon noble y generoso podrá en adelante seguir sus naturales impulsos.

DAN. (*Para sí.*) ¿Sueño ó estoy despierto?

UN CRIADO. (*Anunciando.*) El notario llamado por su Gracia.

SUR. Ah! vos, Bedfort, contabais lograr vuestro proyecto y le habeis hecho llamar.

BED. Siempre tuve confianza en la bondad de vuestra alma.

SUR. (*Mirando á Daniel.*) Pobre joven! Aun está todo turbado. (*á varios criados que han entrado.*) En adelante considerareis á ese caballero como á mi hijo, y le obedecereis como á mí mismo.

(*Un criado va á colocar en su sitio el sillon en que Daniel estaba sentado. Daniel se adelanta para cojer su sombrero que iba á tomar el criado y saluda á este que se inclina profundamente. Despues Daniel se deja caer en un sofá.*)

SUR. (*A Bedfort.*) Ved, amigo mio, de tranquilizarle. Despues buscareis dos testigos de consideracion, en tanto que yo preparo el acta legal de adopcion. Hasta luego, Daniel, hasta luego.

(*Surrey alarga la mano à Daniel que trata en vano de levantarse, volviendo á dejarse caer en el sofá.*)

ESCENA VII.

BEDFORT, DANIEL.

BED. Victoria! Al cabo triunfamos!

DAN. (*Aparte, levantándose.*) Pues he arreglado yo bien el negocio de Sir Ricardo! (*Alto.*) Pero si hay otro hijo!

BED. Vaya con dos mil diablos! se pagarán sus deudas y punto concluido. Aqui no hay mas hijo que tú, y lord Surrey es tu padre.

DAN. Mi padre! Conque yo tengo padre?

BED. Y mas todavia. Mírame bien.

DAN. Ya os miro; pero aseguro que todo lo veo turbio y desordenado.

BED. Nada te dice el corazon? ¿No te habla en mi favor la naturaleza?

DAN. Cómo! Vos tambien sereis mi padre?

BED. Soy tu tio, Daniel.

DAN. Tambien tenemos tio.
(*Saca el pañuelo y se suena.*)

BED. Sí, un hermano de tu madre, que se considera dichoso con haber contribuido á tu dicha y con haberte proporcionado nombre, caudal y el brillante matrimonio que te espera.

DAN. Matrimonio! Hola! A ver, ¿cómo es eso?

BED. Debes casarte con la sobrina....

DAN. Tengo tambien sobrina?

BED. No; tu prima y futura esposa.

DAN. ¡Padre, tio, sobrina, prima, esposa futura! Llueve aqui familia!... Pues señor, pierdo la vista, me ahogo.... Aire, venga aire por Dios!
(*Va hácia la ventana y la abre.*)

BED. Toma el aire y sosiégate, hijo mio; nada tiene de estraño que lo sucedido te aturda y trastorne.

DAN. (*Desde la ventana y para sí.*) ¡Qué veo! Cecilia paseándose mano á mano con Sir Ricardo! Se ha venido tras él. (*Volviéndose.*) ¡Ay tio mio, es una infamia!

BED. Cómo? Qué?

DAN. (*Para sí.*) Iria yo ahora á reusar por ella!.... mientras...

BED. Pero, ¿qué tienes hombre?

DAN. Nada. ¿No deciais algo de casamiento?

BED. Sí, de un casamiento de familia, indispensable para congraciarte con tu padre.

DAN. (*Para sí.*) Ingrato! Mientras estaba yo aqui trabajando en su favor, se entretenia en decir chicoleos á mi novia!

BED. ¿No atiendes á lo que te digo? Te hablo de Mis Eleonora Grant.

DAN. Mi prima?

BED. Y tu futura.

DAN. Bueno, que lo sea!

BED. Ten presente que el tal casamiento es cláusula indispensable de tu adopcion.

DAN. Sí, amado tio, sí, tio de mis entrañas, me casaré con quien quieran.

BED. Toma! Es que Miss Eleonora es muy linda.

DAN. No importa; me caso con ella.

BED. Muy rica.

DAN. No importa.

BED. Amable, elegante....

DAN. He dicho que no importa. Aunque lo fuese cien mil veces mas, me casaria con ella.

BED. Pues entonces nada hay que decir. Voy á hacer el encargo de Milord, y te dejo en tu casa. Te he proporcionado nombre, padre, casa, familia y una muger preciosa; ahora necesito proporcionarte un sastre. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DANIEL.

Veremos si ahora que soy un señoron se arrepiente esa ingrata.... Me vengaré de ella y..... Hácia aquí vienen los dos.... me alegro.... voy á tratarlos como merecen.... tomaré un aire noble, el aire que me corresponde: es claro que siendo yo noble, debo tener por fuerza aire noble. (*Se sienta con aire de importancia.*)

ESCENA IX.

DICHO, CECILIA, RICARDO.

CEC. (*Desde el bastidor.*) Está solo; venid Sir Ricardo: bien os decia yo que le habia visto asomar á la ventana.

RIC. ¿Qué tenemos, Daniel?

DAN. (*Pasandose la mano por la barba.*) Adios, Ricardo!

CEC. (*Aparte.*) Qué tono!

DAN. (*Con aire de proteccion.*) Buenos dias, Cecilia, buenos dias.

RIC. ¿Habeis visto á Milord?

DAN. Sí, sí..... (*Movimiento de Ricardo.*) Acercate, joven, acercate.

CEC. (*Aparte.*) Se ha vuelto loco.

DAN. (*Aparte.*) Le tuteo para humillarle.

RIC. Vaya, Daniel, hablemos con formalidad.

DAN. Sabed, Ricardo, que os tenemos cierto afecto,

y que no es imposible que paguemos vuestras deudas.

RIC. Ha dicho eso Milord? (*Aparte.*) Esa seria la mejor prueba de paternal amor que pudiera darme.

DAN. Pero ha de ser con una condicion.

RIC. ¿Cuál?

DAN. Que os caseis al momento con Miss Cecilia.

CEC. (*Sorprendida.*) ¿Qué está diciendo?

RIC. Semejante chanza es inoportuna en este momento.

CEC. (*Aparte.*) Quiere humillarme!

RIC. ¿Y quién puede poner tal condicion?

DAN. (*Levantándose con viveza.*) Yo.

CEC. El!

DAN. Y lo que es mucho mas inoportuno de vuestra parte, es venir aqui con Cecilia, sabiendo que ella y yo.... desde chiquitos.... y mientras tanto que yo decia á Milord respecto á vos, cosas que al cabo le enternecieron....

RIC. Se enterneció?

DAN. Sí y esclamó: Hijo mio!

RIC. ¿Con que al cabo me reconoce?

DAN. No á vos, sino á mí.

RIC. Es imposible.

DAN. ¿Imposible? Ahora lo verás. (*Llama y se presenta un criado.*) Dame... agua. (*El criado saluda como en señal de obediencia.*) No, haz que pongan un coche... dos coches. (*El criado vuelve á saludar.*) Es decir, por ahora nada quiero... vete, vete al momento. (*Vase el criado.—A Ricardo.*) Ya vés que soy aqui el amo.... Sí, hijos mios, yo soy el ídem de Lord Surrey.... Por eso, Ricardo, somos los dos hermanos y te tuteo y quiero hacerte dichoso concediéndote la mano de Cecilia.

CEC. (*Llorando.*) El mismo lo dice!

DAN. En cuanto á mí, exije mi clase que contraiga un

matrimonio por razon de estado, con Miss Eleonora Grant.

RIC. ¡Casaros vos con la muger mas elegante de Lóndres! ¡Con la que dá el tono á todas!

DAN. Con la misma que viste y calza. (*Se vuelve y vé á Cecilia con el pañuelo en los ojos.*) Cómo? Ahora salimos con llantos? (*Alargando la mano á Ricardo.*) Con que hermano mio!.....

RIC. Quitad allá, que habeis abusado de mi confianza para usurpar mi puesto; pero si yo soy hijo de Lord Surrey, tendrá que reconocerme.

DAN. El caso es que por ahora no necesita mas que un hijo!

RIC. Veré á Milord y lograré desenmascararos. (*Vase.*)

ESCENA X.

DANIEL, CECILIA.

DAN. Pues hombre, me gusta..... ¿por qué se enfada? ¡Y para esto soy caballero! Para que el uno chille, la otra llore y yo acabe por desesperarme. A mí se me debe echar la culpa, porque sin duda la elevacion me ha vuelto feroz... (*A Cecilia.*) Vamos, Cecilia, no lloreis así, que me dá pena.

CEC. (*Llorando.*) Decir que yo amo á Sir Ricardo; y lo que es mas, decirlo delante de él!

DAN. Pero si es verdad; ¿os parece que no lo he conocido yo?

CEC. No es verdad... y ahora que ya nada soy para vos, porque, ni aun vuestra hermana puedo ser, os lo diré con toda franqueza. Es cierto que me halagaban los obsequios de Sir Ricardo, y como vos nada me deciais, no tenia inconveniente en

sufrirlos; pero el hombre en quien yo pensaba y á quien se inclinaba mi corazon.... erais vos.

DAN. De veras! Ay Cecilia mia, no sabeis el bien que me hace esa declaracion.

CEC. Mas, ya es inútil toda esplicacion... vos ya nada podeis ser para mi madre y para mí... Pobre madre mia! Cuando sepa que vamos á quedar solas y separadas de vos para siempre.

DAN. Separadas... de ningun modo.... es decir.... sí.... porque la primera condicion de mi reconocimiento es que me case.

CEC. ¡Qué os caseis!

DAN. Sí, con una prima muy bella que parece llovida del cielo.... pero.... ¡Ay Dios mio! Desde que soy dichoso.... no puedo ser mas desgraciado.

RIC. (*Dentro.*) ¿Y por qué no he de entrar?

DAN. ¿Que es eso?

CEC. (*Mirando á la derecha.*) Unos lacayos que estorban el paso á Sir Ricardo.

DAN. Asi está mandado; pero conmigo no habla la orden. Voy á ver á Milord, le diré que nos amamos los dos, le diré que habeis llorado, y puede que se enternezca, aunque yo no lo creo... En fin, haré lo que pueda y tendré valor.... A propósito de valor, dadme un abrazo para infundírmelo. (*La abraza.*) Adios hermosa, adios, y no pierdas la esperanza. (*Vase.*)

ESCENA XI.

JORJE, CECILIA.

JOR. (*Que ha oido las últimas frases.*) ¿Qué es eso? ¿Representa el maestro alguna tragedia?.... No entiendo... Ah! Ya os encontré, Miss; ¿qué haceis

aqui tanto tiempo? Vuestra madre estaba llena de inquietud y me ha enviado...

Cec. ¿Y habeis dejado la casa sola?

Jor. He tenido cuidado de cerrar la tienda; pero ¿qué es lo que ha sucedido?

Cec. Una porcion de cosas admirables.

Jor. Ay! Contádmelas todas.

Cec. No: ahora no es ocasion de eso; porque estoy esperando con impaciencia... (*Aparte.*) Conozco que le amo de veras.

Jor. (*Aparte.*) Pues no me pesaria saber...

ESCENA XII.

DICHOS, BEDFORT.

Bed. (*Al bastidor.*) Haced que entren esos caballeros donde está Milord. (*Para sí.*) Ya están ahí los testigos y todo quedará terminado en pocos instantes. (*Viendo á Cecilia.*) Hola! ¿Aqui estais? Ya sabreis la noticia...

Jor. (*Poniendo atencion.*) Noticia!

Cec. Todo me lo ha contado.

Bed. Os alegrareis por supuesto de su buena suerte? Estará ahora con su padre ¿eh?

Jor. (*Aparte.*) Su padre!

Cec. Si señor; y el otro espera....

Bed. El otro?

Cec. El otro hijo de Milord...

Jor. (*Aparte.*) Nada; no entiendo nada.

Cec. Sir Ricardo.

Bed. Cómo? Está....?

Cec. Ahí dentro para ver á su padre.

Bed. ¿Y cómo ha logrado introducirse aqui?

Cec. Por medio de Daniel.

Jor. (*Aparte.*) Ni una palabra!

Bed. Todo lo va á echar á rodar! Justamente tiene Milord secreta inclinacion por el caballerete.... Corro á estorbar...

Cec. (*Estorbándole el paso.*) No, no; no os opongais á los proyectos de Daniel, y aunque apenas tengo esperanza...

Jor. Si es cosa del maestro, no tengo necesidad de entender para ayudarle.

Bed. (*Separando á Cecilia.*) Dejadme pasar, Miss, que no es cosa de juego.

Jor. (*Estorbando el paso á Bedfort.*) Yo no puedo permitir que os opongais á los proyectos del maestro.

Bed. (*Dándole un empujon.*) Anda con dos mil diablos. (*Va á entrar y se halla en los brazos de Daniel.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, DANIEL.

Dan. Ya es asunto concluido, tio.

Jor. (*Aparte.*) Tio ahora! ¿Qué juego es este?

Bed. Concluido!

Dan. Sí, gracias á los dos testigos que llegaron con tal oportunidad.

Bed. Con que se estendió la escritura?

Dan. Se estendió en toda forma, merced á mi elocuencia; oh! He estado hecho un orador de primera tigera. Al principio me costó bastante trabajo porque el doguito de Milord tomó la palabra al mismo tiempo que yo.... pero le llamé al orden (*hace el ademan de dar un puntapié.*) Entonces hablé solo y estuve.... en fin no sé lo que dije, pero fué cosa muy buena.

Bed. (*Riendo.*) Yo lo creo!

DAN. El hecho es que conseguí lo que queria, tio. Sí, Cecilia mia, triunfé.... Hola, Jorge! Has de saber que logré mi objeto, y que me quedo de sastre.

JOR. No lo entiendo; pero no importa. ¡Viva!

BED. (*Sorprendido.*) Sastre!

DAN. Es claro, hice que entrara conmigo el otro.... Sir Ricardo está reconocido auténticamente....

BED. Llévete el diablo! Cuidado con la mano que tietes para echar á perder negocios y trages; pero no puede ser.

DAN. El qué?

BED. Milord no ha podido olvidar su promesa.

DAN. Pero si yo me opuse á su cumplimiento! Yo le dije: Milord, yo sé muy bien mi oficio, pero no el vuestro.... si se tratase de construir buenos y ricos vestidos no temería á nadie; pero se trata de llevarlos puestos, y ese es ya otro cantar.... Cuando yo hablaba antes, no era por mí, sino por este.... hubo equivocacion y el contrato no vale...... Vaya Ricardo al Parlamento; y yo me vuelvo á la tienda.... los dos estaremos bien y la Inglaterra no estará ni mejor ni peor. Quise entonces marcharme, Milord se opuso, Ricardo tambien, el dogo ladró... y hubo unos momentos de tierna confusion y de patético.... Nadie se entendia....

BED. Si yo hubiera estado alli!

DAN. No hicisteis falta. En fin, Milord miró á Ricardo entre dos aguas y dijo: Como se parece á su madre! Lo que dijo de mí, y sin duda es fórmula que tiene Milord para reconocer hijos. Despues se volvió hácia mí, y mirando mi frac azul celeste, añadió con paternal sonrisa: el buen Daniel parece cortado espresamente para... sastre. En seguida se abrazaron los nuevos padre é hijo, y el dogo se encargó de acompañarme hasta la puerta.

BED. Y todo se acabó!

DAN. No todo; porque Milord se encarga de dar un buen dote á Cecilia.

BED. (*Mirando á los dos.*) Un dote! Cecilia! (*con conviccion*) se me figura que Daniel ha hecho bien. Somos del pueblo, y entre el pueblo debemos quedar. Me resigno....

CEC. (*Tomando el brazo de Daniel.*) A que sea dichoso ¿no es verdad?

BED. Lo espero.

DAN. Y yo!

JOR. (*Aparte.*) Pues.... y yo.

DAN. Vamos á contarlo todo á la mamá.

JOR. (*Aparte.*) Me alegraré para saber algo.
(*Al marcharse sale Ricardo.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, RICARDO.

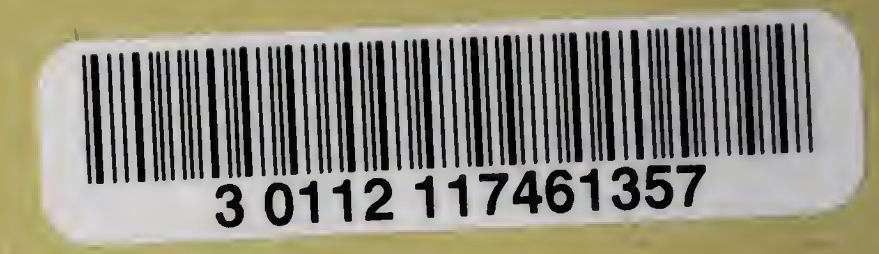
RIC. (*Arrojándose en los brazos de Daniel.*) Hermano mio!

DAN. Esperaba oirte pronunciar esa palabra....

RIC. Te marchas! ¡Y yo que todo te lo debo, nada podré hacer por tí.

DAN. Si tal; puedes ser mi parroquiano.
(*Al público.*) Público de las lunetas (1)
Y habitantes de esta villa,
Que visten Borrel y Utrilla
Sacándoles las pesetas:
¿No satisfaces completas
Cuentas muy exageradas
Con oro solo pagadas?...
Pues aunque nos atolóndres,
La *cuenta* al SASTRE DE LONDRES
Págasela con palmadas.

(1) Siendo esta décima puramente local, puede substituirse otra en las provincias, ó acabar en la prosa. (*N. del T.*)


3 0112 117461357